

Bestseller de *THE NEW YORK TIMES*
De la autora de *NO LOGO* y *ESTO LO CAMBIA TODO*

A stylized graphic of a flame, rendered in shades of orange and yellow, positioned behind the main title text.

EN LLAMAS

Un (enardecido) argumento
a favor del GREEN NEW DEAL

NAOMI KLEIN

PAIDÓS

Naomi Klein

En llamas

Un (enardecido) argumento a
favor del Green New Deal

Traducción de Ana Pedrero Verge y Francisco J. Ramos Mena

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *On Fire*, de Naomi Klein
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Roam Agency e International Editors' Co.

1.ª edición, febrero de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Naomi Klein, 2019
© de la traducción, Ana Pedrero Verge y
Francisco J. Ramos Mena, 2021
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2021
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3781-9
Fotocomposición: Realización Planeta
Depósito legal: B. 226-2021
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Introducción. Nosotros somos el fuego	11
1. Un agujero en el mundo	75
2. El capitalismo contra el clima	95
3. Geoingeniería: tanteando las aguas	135
4. Cuando la ciencia dice que la revolución política es nuestra única esperanza	143
5. El tiempo climático <i>versus</i> el ahora constante	153
6. Deja de intentar salvar el mundo tú solo	165
7. ¿Un Vaticano radical?	175
8. ¡Que se ahoguen! La violencia de la alterización en un mundo que se calienta	189
9. Los años del «salto»: cómo poner fin al relato de la infinitud	213
10. Respuesta en caliente sobre un planeta caliente	239
11. Temporada de humo	257
12. Lo que está en juego en nuestro momento histórico	291
13. Fue el capitalismo el que mató nuestro impulso climático, no la «naturaleza humana»	303
14. La catástrofe de Puerto Rico no tiene nada de na- tural	315
15. Serán los movimientos los que configuren, o destruyan, el Green New Deal	321
16. El arte del Green New Deal	337

Epílogo. Breve argumentación en favor de un Green New Deal	347
<i>Agradecimientos</i>	363
<i>Créditos de los textos publicados</i>	367
<i>Índice analítico y de nombres.</i>	369

UN AGUJERO EN EL MUNDO

El agujero que hay en el fondo del océano es más que un accidente de ingeniería o una máquina rota. Es una herida violenta en el organismo vivo que es la Tierra.

El 20 de abril de 2010, la plataforma petrolífera Deepwater Horizon, de BP, estalló en el golfo de México mientras perforaba a la mayor profundidad en la que jamás se había intentado. Once miembros del personal fallecieron en la rabiosa explosión y el cabezal del pozo se rompió, lo que hizo que el petróleo brotara de manera incontrolada desde el fondo marino. Tras muchos intentos fallidos, el pozo quedó por fin sellado el 15 de julio, dejando tras de sí cuatro millones de barriles (seiscientos treinta y cuatro millones de litros) de crudo, el mayor vertido jamás registrado en aguas estadounidenses.

JUNIO DE 2010

A todas las personas que habían acudido a la reunión municipal se les había indicado en repetidas ocasiones que debían mostrarse corteses con los caballeros de BP y del Gobierno federal. Estos distinguidos señores habían hecho un hueco en sus apretadas agendas para acudir un martes a última hora de la tarde al gimna-

sio de un instituto de Plaquemines Parish, Luisiana, una de las muchas comunidades costeras en cuyas ciénagas se estaba infiltrando un veneno marrón, una de las consecuencias de lo que ha pasado a calificarse como el desastre medioambiental más importante de la historia de Estados Unidos.

«Hablad a los demás como queréis que os hablen a vosotros», suplicó una última vez el presidente de la reunión antes de abrir el turno de preguntas.

Y durante un rato, la multitud, compuesta principalmente por familias de pescadores, guardó la compostura de forma considerable. Escucharon con paciencia a Larry Thomas, el simpático agente de prensa y relaciones públicas de BP, mientras les hablaba de su compromiso para «mejorar» la gestión de sus reclamaciones por pérdida de ingresos, y luego pasó la palabra a un subcontratista notablemente menos afable para que les diera todos los detalles. Escucharon también al representante de la Agencia de Protección Ambiental, quien les informó de que, al contrario de lo que habían leído sobre la carencia de pruebas y la prohibición del producto en Gran Bretaña, el dispersante químico que se estaba rociando sobre el petróleo en cantidades ingentes en realidad era perfectamente seguro.

Pero la paciencia empezó a agotarse cuando Ed Stanton, capitán de los guardacostas, tomó la palabra por tercera vez para asegurarles que «el objetivo de los guardacostas es asegurarse de que BP limpie el vertido».

«¡Ponlo por escrito!», gritó alguien. El aire acondicionado ya se había apagado y en las neveras de Budweiser las reservas escaseaban. Un pescador de gambas llamado Matt O'Brien se acercó al micrófono. «No queremos seguir oyendo nada de esto», declaró con las manos en las caderas. Cualquier consuelo que les ofrecieran no importaba porque, tal como dijo: «¡No nos fiamos de vosotros!». Y con ello se levantó tal ovación entre las gradas que

parecía que los Oilers (el equipo de fútbol americano del instituto, de nombre desafortunado) hubieran anotado un *touchdown*.

La mejor forma de describir aquella confrontación es decir que fue catártica. Durante semanas, los residentes habían sido sometidos a un aluvión de charlas motivadoras y extravagantes promesas procedentes de Washington, Houston y Londres. Cada vez que encendían el televisor, veían al jefe de BP, Tony Hayward, dar su palabra de honor de que lo «arreglaría». O si no, salía el presidente Barack Obama expresando su total confianza en que su Administración «dejaría la costa del golfo en mejores condiciones que antes», que estaba «asegurándose» de que «salga más fortalecida de lo que estaba antes de esta crisis».

Todo sonaba muy bien. Pero para las personas cuyas formas de vida estaban en contacto directo con la delicada composición química de los humedales, también sonaba completamente ridículo, hasta el punto de resultar exasperante. En cuanto el petróleo cubre la base de las hierbas pantanosas, como ya había hecho a tan solo unos kilómetros de allí, no existe ninguna máquina milagrosa o mejunje químico capaz de eliminarlo de forma segura. El petróleo se puede retirar de la superficie de aguas abiertas, y también se puede rastrillar en una playa de arena, pero una ciénaga cubierta de petróleo se quedará tal como está y morirá lentamente. Las larvas de incontables especies que desovan en las ciénagas (gambas, cangrejos, ostras y peces) quedarán envenenadas.

Y eso ya estaba ocurriendo. Ese mismo día visité algunas ciénagas cercanas en una barca de aguas poco profundas. Los peces saltaban en aguas cercadas por absorbentes blancos, las almohadillas de algodón grueso y rejilla que BP estaba utilizando para recoger el petróleo. El círculo de material fétido parecía estrecharse alrededor de los peces como una horca. No muy lejos, un mirlo de alas rojas se posaba en una brizna de hierba de dos metros de

altura contaminada por el petróleo. La muerte subía con sigilo por el tallo; para el pajarito, habría sido lo mismo posarse en un cartucho de dinamita encendido.

Y luego está la propia hierba, o el carrizo, que es el nombre que reciben estas altas y afiladas briznas. Si el petróleo cala con la profundidad suficiente en la ciénaga, no solo matará la hierba que crece en la superficie, sino también las raíces. Y esas raíces son lo que mantiene la ciénaga unida, asilo que evita que los terrenos de color verde intenso de los alrededores se hundan en el delta del río Misisipi y el golfo de México. Por eso, lugares como Plaquemines Parish se enfrentan a perder no solo su pesca, sino también una gran parte de las barreras físicas que rebajan la intensidad de tormentas furibundas como el huracán Katrina; y eso podría llevarlos a perderlo todo.

¿Cuánto tardará un ecosistema tan asolado como este en ser «restaurado y sanado», tal como el ministro de Interior del presidente Obama prometió hacer? No está nada claro que lograrlo sea remotamente posible, o al menos no en una escala temporal que nos resulte fácil de comprender. La industria pesquera de Alaska todavía no se ha recuperado totalmente del vertido de petróleo del Exxon Valdez en 1989, y algunas especies de peces no han vuelto. Hoy, los científicos del Gobierno estiman que una cantidad de petróleo equivalente a la del vertido del Exxon Valdez podría estar todavía penetrando las aguas costeras del golfo cada cuatro días. Y un pronóstico todavía peor surge del vertido de petróleo de la guerra del Golfo en 1991, cuando se estima que se arrojaron once millones de barriles de petróleo al golfo Pérsico en lo que constituyó el mayor vertido de la historia. Ese petróleo llegó a los humedales y permaneció allí, llegando a profundidades cada vez mayores gracias a los hoyos cavados por los cangrejos. No es una comparación perfecta, dadas las pocas tareas de limpieza que se llevaron a cabo, pero de acuerdo con un estudio ela-

borado doce años después de la catástrofe, cerca del 90% de las fangosas marismas salinas y de los manglares seguían estando profundamente dañados.

Lo que sí sabemos es que, lejos de «sanarse», lo más probable es que la costa del Golfo quede deteriorada. En sus ricas aguas y poblados cielos habrá menos vida de la que hay hoy. El espacio físico que ocupan muchas comunidades en el mapa quedará mer-mado por culpa de la erosión. Y la legendaria cultura de la costa se contraerá y marchitará todavía más. Y es que las familias pesqueras de la costa no solo recolectan alimentos, sino que sostienen una intrincada red de tradiciones familiares, gastronomía, música, arte e idiomas en peligro de desaparición, y tienen un papel comparable a las raíces de la hierba que sostiene la tierra de los humedales. Sin la pesca, estas culturas únicas pierden su sistema de raíces, el propio suelo que pisan. (BP, por su parte, es plenamente consciente de las limitaciones de la recuperación. Su Plan de Respuesta ante Derrames de Petróleo Regionales en el golfo de México da instrucciones precisas a sus empleados para que no hagan «promesas sobre la vuelta a la normalidad de las propiedades, la ecología o cualquier otro aspecto», lo que explica por qué utilizan una y otra vez expresiones simplonas del tipo «haremos lo correcto».)

Si el Katrina puso de manifiesto la realidad del racismo en Estados Unidos, el desastre de BP pone de manifiesto un aspecto que ha permanecido mucho más oculto: el poco control que incluso las personas más brillantes son capaces de ejercer sobre las asombrosas fuerzas naturales y la complejidad de sus interrelaciones, en las que, sin embargo, tan alegremente nos entrometemos. Durante semanas, BP ha fracasado en sus intentos de tapan el agujero que ha abierto en la tierra. Los líderes políticos no pueden ordenar a las especies de peces que sobrevivan, o a manadas enteras de delfines nariz de botella que no mueran. Ninguna in-

dennización económica podrá reemplazar a una cultura que ha perdido sus raíces. Y mientras los políticos y los líderes de las empresas siguen sin aceptar estas dolorosas verdades, las personas cuyo aire, agua y modos de vida han sido contaminados son cada vez más conscientes de que no se enfrentan a un espejismo.

«Todo se está muriendo —dijo una mujer cuando la reunión municipal estaba tocando a su fin—. ¿Cómo se atreven a decirnos que nuestro golfo es resistente y que se recuperará? Porque ninguno de ustedes tiene ni idea de lo que le va a pasar al golfo. Se sientan frente a nosotros con cara de póker y actúan como si lo supieran, pero no lo saben.»

La crisis de la costa del Golfo abarca muchas cosas: corrupción, desregularización y la adicción a los combustibles fósiles, pero, en el fondo, ilustra sobre todo las consecuencias terriblemente peligrosas de una convicción de nuestra cultura: que poseemos un conocimiento y un control de la naturaleza tan profundos que podemos manipularla y rediseñarla libremente, y que el riesgo al que sometemos a los sistemas naturales que nos sostienen es mínimo. Pero, tal como el desastre de BP ha puesto de manifiesto, la naturaleza siempre es más impredecible de lo que los modelos matemáticos y geológicos más sofisticados son capaces de imaginar. Al testificar ante el congreso, Hayward, de BP, dijo que «las mejores mentes y los expertos más cualificados están trabajando» en la crisis, y que «quizá a excepción del programa espacial de la década de 1960, es difícil pensar en la constitución de un equipo de mayor volumen y competencia técnica en un mismo lugar en tiempos de paz». Y, aun así, en lo que respecta a lo que la geóloga Jill Schneiderman ha descrito como el «pozo de Pandora», dicho equipo ha actuado como los hombres que estaban frente a la furiosa multitud de aquella reunión municipal: actúan como si supieran, pero no saben.

LA DECLARACIÓN DE OBJETIVOS DE BP

En la historia de la humanidad, la idea de que la naturaleza es una máquina que podemos rediseñar a conveniencia es un concepto relativamente nuevo. En el revolucionario libro *The Death of Nature* [*La muerte de la naturaleza*], publicado en 1980, la historiadora ambiental Carolyn Merchant recordaba a los lectores que, hasta el siglo XVII, la Tierra se consideraba un ente vivo que solía adoptar la forma de una madre. Los europeos, igual que los pueblos indígenas de todo el mundo, creían que el planeta era un organismo vivo que poseía innumerables poderes para engendrar vida a la vez que un temperamento furioso. Como consecuencia de ello, existían fuertes tabús alrededor de las acciones que deformaban o profanaban a «la madre» naturaleza, entre ellas la minería.

La metáfora cambió cuando se descifraron algunos (pero ni mucho menos todos) misterios de la naturaleza durante la revolución científica del siglo XVII. Ahora que la naturaleza se consideraba una máquina carente de misterio o divinidad, las partes que la componían podían ser dañadas, extraídas y rehechas con total impunidad. En ocasiones, todavía se representaba a la naturaleza como mujer, pero ahora era una mujer a la que se podía dominar y someter fácilmente. Sir Francis Bacon sintetizó a la perfección este nuevo *ethos* al escribir en 1623, en su obra *De dignitate et augmentis scientiarum*, que la naturaleza debe «contenerse, moldearse y explotarse como si fuera nueva mediante el arte y la mano del hombre».

Sus palabras bien podrían constituir la declaración de objetivos empresariales de BP. Asentándose con osadía en lo que la empresa llamó «la frontera energética», se aventuró a sintetizar microbios productores de metano y anunció que la geoingeniería marcaría «una nueva era de investigación». Y, naturalmente, alardeó de que, en el yacimiento Tiber en el golfo de México, ahora disponía

del «pozo más profundo jamás perforado por el sector del petróleo y del gas natural», de una profundidad bajo el fondo marino equivalente a la altura a la que vuelan los aviones en el cielo.

Las mentes corporativas dedicaron muy poco de su precioso tiempo a imaginar y prepararse para lo que podría ocurrir si sus experimentos para modificar los cimientos de la vida y la geología fracasaban. Como hemos visto, cuando la plataforma de Deepwater Horizon explotó, la empresa no había implementado ningún sistema para reaccionar eficazmente ante la situación. Al explicar por qué ni siquiera la cúpula de contención, que terminó por no servir de nada, había estado lista para ser activada en la costa, uno de los portavoces de BP, Steve Rinehart, dijo: «No creo que nadie previera la circunstancia a la que nos enfrentamos ahora». Por lo visto, «parecía inconcebible» que el sistema de prevención de explosiones pudiera explotar, así que ¿para qué prepararse?

No cabe duda de que negarse a contemplar la posibilidad del fracaso venía de arriba. Un año antes, el director ejecutivo Hayward dijo ante un grupo de alumnos de la Universidad Stanford que tiene una placa en su escritorio que reza: «SI SUPIERAS QUE NO VAS A FRACASAR, ¿QUÉ INTENTARÍAS HACER?». Lejos de ser un eslogan inspirador benigno, era una descripción precisa de cómo BP y sus competidores se comportaban en el mundo real. En unas audiencias celebradas recientemente en el Capitolio de Estados Unidos, el congresista Ed Markey, de Massachusetts, sometió a escrutinio a los representantes de las grandes empresas de petróleo y gas natural acerca de sus reveladoras formas de asignar recursos. A lo largo de tres años, habían invertido «treinta y nueve mil millones de dólares en exploraciones en busca de nuevos yacimientos de petróleo y gas natural. Por otro lado, la inversión media en tareas de investigación y desarrollo de la seguridad, la prevención de accidentes y la respuesta ante vertidos supuso la irrisoria suma de veinte millones de dólares anuales».

Estas prioridades ayudan de forma significativa a explicar por qué el plan inicial de exploración que BP había presentado al Gobierno federal para el funesto pozo de Deepwater Horizon suena tanto a tragedia griega sobre la soberbia humana. La frase «bajo riesgo» aparece cinco veces. Incluso en el caso de un vertido, BP predice tajantemente que, gracias a sus «equipos y tecnologías de eficacia demostrada», los efectos adversos serán mínimos. El informe, en el que se presenta a la naturaleza como un socio menor predecible y dispuesto (o quizá como si fuera un subcontratista), explica alegremente que, de ocurrir un vertido, «las corrientes y la degradación microbiana eliminarían el petróleo de la columna de agua o diluirían sus componentes hasta alcanzar los niveles de base». Los efectos sobre los peces, por otro lado, «probablemente serían subletales» dada «la capacidad de los peces y crustáceos adultos de evitar el vertido [y] metabolizar los hidrocarburos». (Según el relato de BP, en lugar de constituir una amenaza nefasta, un vertido es un bufé libre para la vida acuática.)

Y lo mejor de todo es que, en el caso de que ocurriera un vertido, parece que había «un riesgo bajo de contacto o impacto en la línea de costa» gracias a la ágil respuesta diseñada por la empresa (!) y «dada la distancia [desde la plataforma] hasta la costa» (unos setenta y siete kilómetros). Esta es la afirmación más asombrosa de todas. En un golfo en el que suele haber vientos de más de setenta kilómetros por hora, y eso sin hablar de los huracanes, BP mostró tan poco respeto hacia la capacidad del océano de generar flujos y reflujos y de subir y bajar que no pensó que el petróleo podría viajar la ridícula distancia de setenta kilómetros. (Un fragmento de los detritus de Deepwater Horizon apareció en una playa de Florida, a trescientos seis kilómetros de distancia.)

Sin embargo, ninguna de estas chapuzas habría sido posible si BP no hubiese presentado sus predicciones ante una clase política ansiosa por creer que, en efecto, la naturaleza había sido domina-

da. Algunos, como la republicana Lisa Murkowski, estaban más ansiosos que otros. La senadora de Alaska quedó tan impresionada por las imágenes sísmicas en cuatro dimensiones que ofreció BP que proclamó que las perforaciones en alta mar habían alcanzado la cúspide de la artificialidad controlada. «Es mejor que Disneyland en lo que se refiere a cómo se pueden utilizar las tecnologías para ir a buscar un recurso de miles de años de antigüedad de una forma totalmente respetuosa con el medio ambiente», afirmó ante el comité energético del Senado.

Por supuesto, perforar sin pensar ha sido la política del Partido Republicano desde mayo de 2008. Cuando los precios del gas natural alcanzaron cotas sin precedentes, el líder conservador Newt Gingrich estrenó el eslogan «Perfora aquí, perfora ahora, paga menos», con énfasis en el «ahora». Aquella campaña, extremadamente popular, fue una consigna contra la prudencia, contra el estudio y contra las acciones comedidas. Tal como Gingrich lo explicaba, perforar en el país, dondequiera que se encontraran el petróleo y el gas natural —atrapados en la lutita de las Montañas Rocosas, en el Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico o en las profundidades marinas— era una forma infalible de bajar los precios en los surtidores, crear empleo y darles una patada en el culo a los árabes, todo a la vez. Ante esta victoria triple, preocuparse por el medio ambiente era cosa de blandengues: en palabras del senador Mitch McConnell, «en Alabama y Misisipi y Luisiana y Texas, la gente cree que las plataformas petrolíferas son hermosas». Para cuando la infame Convención Nacional Republicana bajo el lema «Perfora, *baby*, perfora» se celebró en 2008, el frenesí por los combustibles fósiles extraídos en Estados Unidos estaba tan extendido entre las bases del partido que, si alguien hubiese llevado un taladro lo suficientemente grande, habrían perforado incluso en el suelo del recinto.

Obama terminó cediendo. En el peor momento imaginable, apenas tres semanas antes de la explosión de Deepwater Horizon, el presidente anunció que abriría partes del país anteriormente protegidas a la perforación submarina. La práctica no era tan arriesgada como había creído, explicó. «Por regla general, las plataformas petrolíferas de hoy no provocan vertidos. Su tecnología está muy avanzada.» Sin embargo, a Sarah Palin no le bastaba con eso, y se mofó de los planes de la Administración de llevar a cabo más estudios antes de perforar en ciertas zonas. «Por Dios, amigos, estas zonas se han estudiado hasta la muerte», dijo en la Conferencia de Liderazgo Republicana del Sur en Nueva Orleans once días antes de la explosión. «¡Hay que perforar, *baby*, perforar, no postergar, *baby*, no postergar!» Y el júbilo se desató entre la multitud.

En su declaración ante el Congreso, Hayward, de BP, dijo: «Tanto nosotros como el sector en su conjunto aprenderemos de este fatídico suceso». Y uno podría pensar que una catástrofe de tales magnitudes infundiría en los ejecutivos de BP y en el grupo del «Perforar ahora» un nuevo sentido de la humildad. Sin embargo, no hay indicios de que ese sea el caso. La respuesta ante el desastre por parte del Gobierno y de la industria ha estado infestada del mismo tipo de arrogancia y de predicciones exageradamente positivas que dieron lugar a la explosión.

«El golfo de México es un océano muy grande —oímos decir a Hayward—. La cantidad de volumen de petróleo y dispersante que estamos vertiendo es minúsculo en relación con el volumen total de agua.» En otras palabras: no os preocupéis, el océano puede con ello. El portavoz John Curry, mientras tanto, insistía en que los hambrientos microbios consumirían el petróleo que se encontrara en el ecosistema acuático porque «la naturaleza sabe cómo ayudar a arreglar la situación». Pero la naturaleza no le ha seguido el juego. El pozo surtidor que se encuentra en alta mar

ha reventado todos los intentos de contención por parte de BP, las llamadas «campanas», «cúpulas de contención» e «inyecciones de basura». [Tres meses después de la explosión, el cabezal del pozo por fin quedó tapado.] Los vientos y las corrientes del océano también se han burlado de las almohadillas ligeras que BP ha colocado para que absorban el petróleo. «Se lo advertimos —dijo Byron Encalade, el presidente de la Asociación de Ostreros de Luisiana—. El petróleo pasará por encima o por debajo de las almohadillas.» Y así fue. El biólogo marino Rick Steiner, que ha seguido de cerca las tareas de limpieza, estima que «el 70 o el 80 % de las almohadillas no están sirviendo absolutamente de nada».

Y luego estaban los polémicos dispersantes químicos: siguiendo la actitud característica del «¿Qué puede salir mal?» de la empresa, se vertieron más de cuatro millones novecientos mil litros. Tal como señalaron los furibundos residentes en la reunión municipal de Plaquemines Parish, se habían llevado a cabo pocas pruebas, y los estudios sobre los efectos que una cantidad nunca vista de petróleo dispersado tendrá sobre la vida marina son escasos. Y tampoco existe forma alguna de limpiar la mezcla tóxica de petróleo y químicos bajo la superficie. Sí, los microbios de rápida multiplicación devoran el petróleo que se encuentra bajo el agua, pero al hacerlo también absorben el oxígeno del agua, lo que supone una nueva amenaza para la salud del mar.

BP incluso se había atrevido a pensar que podría evitar que las poco favorecedoras imágenes de playas y aves cubiertas de petróleo salieran de la zona del desastre. Por ejemplo, cuando me encontraba en el agua con un equipo de televisión, se nos acercó otro barco cuyo capitán preguntó: «¿Trabajáis para BP?». Cuando dijimos que no, su respuesta, en mar abierto, fue: «Pues no podéis estar aquí». Pero, por supuesto, estas tácticas de mano dura han fracasado, como todas las demás. Sencillamente, hay demasiado petróleo en demasiados sitios. «No puedes decirle al viento de

Dios hacia dónde soplar, y tampoco le puedes decir al agua hacia dónde fluir», me dijo la activista por la justicia medioambiental Debra Ramírez. Es una lección que aprendió de vivir en Moss-ville, Luisiana, rodeada por catorce plantas petroquímicas que vomitaban emisiones sin parar, y de ver cómo las enfermedades se propagaban vecino a vecino.

La corriente de la negación no muestra signos de calmarse. Los políticos de Luisiana se opusieron con indignación al alto temporal que Obama impuso a las perforaciones en aguas profundas, acusándolo de destruir el único sector importante que quedaba en pie ahora que la pesca y el turismo estaban en crisis. Palin compartió en Facebook la reflexión de que «ningún empeño humano carece de riesgo», mientras que el congresista republicano por Texas John Culberson describía el desastre como una «anomalía estadística». Pero, de largo, la reacción más sociópata fue la del veterano comentarista de Washington Llewellyn King: en lugar de dar la espalda a los grandes riesgos de la ingeniería, dijo que deberíamos pararnos a «asombrarnos ante nuestra capacidad de construir máquinas tan extraordinarias que pueden levantar la tapa del inframundo».

DETENER EL SANGRADO

Afortunadamente, son muchos los que han aprendido una lección muy diferente a partir del desastre y no se asombran ante el poder de la humanidad para moldear la naturaleza, sino ante nuestra incapacidad de gestionar las feroces fuerzas naturales que desatamos. Pero eso no es todo. También está el sentimiento de que el boquete que hay al fondo del océano es más que un accidente de ingeniería o una máquina que se rompió. Es una herida violenta en el organismo vivo que es la Tierra. Y gracias a las

imágenes que BP emite en directo con una cámara submarina, todos podemos ver cómo a nuestro planeta se le salen las entrañas a borbotones, en tiempo real, veinticuatro horas al día.

John Wathen, conservador de la Waterkeeper Alliance, fue uno de los pocos observadores externos que sobrevoló el vertido a los pocos días del desastre. Tras grabar las densas vetas rojas de petróleo que los guardacostas, muy educados, describen como «iridiscencias», Wathen vio lo que muchos habían sentido: «Es como si el golfo estuviera sangrando». Esta imagen se repite una y otra vez en conversaciones y entrevistas. Monique Harden, abogada de derecho medioambiental de Nueva Orleans, se niega a llamar al desastre «vertido de petróleo» y, en su lugar, dice que «tenemos una hemorragia». Otros hablan de la necesidad de «detener el sangrado». Personalmente, algo que a mí me impresionó fue que, al sobrevolar con los guardacostas de Estados Unidos la franja del océano en la que se había hundido la Deepwater Horizon, los remolinos que dibujaba el petróleo hacían que las olas se parecieran mucho a las pinturas rupestres: un pulmón plumoso respirando con dificultad, ojos mirando hacia arriba y un pájaro prehistórico. Mensajes desde las profundidades.

Y seguramente el giro más extraño de la odisea de la costa del Golfo es que parece estar abriéndonos los ojos ante el hecho de que la Tierra jamás fue una máquina. Cuatrocientos años después de haberla declarado muerta, y entre tantísima muerte, en Luisiana, la Tierra está volviendo a la vida.

La experiencia de seguir el avance del petróleo a lo largo del ecosistema es, en sí misma, un curso acelerado en ecología profunda. Todos los días descubrimos que algo que parece ser un problema espantoso en una parte aislada del mundo, en realidad se propaga de formas que jamás podríamos haber imaginado. Un día nos enteramos de que el petróleo podría llegar a Cuba; luego, que podría alcanzar Europa. Lo siguiente que oímos es que los pescadores de

arriba del todo del Atlántico, en la Isla del Príncipe Eduardo, en Canadá, están preocupados porque los atunes rojos que pescan en sus costas nacen a miles de kilómetros de distancia, en las aguas manchadas de petróleo del golfo de México. Y nos enteramos también de que, para las aves, los humedales de la costa del Golfo son el equivalente a un aeropuerto intercambiador. Todos parecen hacer escala aquí: ciento diez especies de pájaros cantores migratorios y el 75 % de las aves acuáticas migratorias de Estados Unidos.

Una cosa es que un incomprensible teórico del caos te cuente que una mariposa que bate las alas en Brasil puede desatar un tornado en Texas, y otra ver cómo la teoría del caos se materializa ante tus propios ojos. Así es como Carolyn Merchant explica esta lección: «El problema, tal como BP ha descubierto de forma trágica y tardía, es que la naturaleza es una fuerza activa que no admite tanta contención». Los resultados predecibles son poco habituales en los sistemas ecológicos, mientras que los «sucesos impredecibles y caóticos [son] habituales». Y por si acaso todavía no lo habíamos entendido, hace unos días un rayo alcanzó un barco de BP como dibujando un signo de exclamación y lo obligó a suspender las acciones de contención que estaba llevando a cabo. Y nadie se atreve a especular sobre qué haría un huracán con el caldo tóxico de BP.

Y es que —merece la pena insistir— hay algo excepcionalmente retorcido en esta particular senda hacia el conocimiento. Se dice que los estadounidenses aprenden a situar los países extranjeros en el mapa a base de bombardearlos. Ahora parece que todos estamos aprendiendo sobre los sistemas circulatorios de la naturaleza a base de envenenarlos.

A finales de 1990, los titulares de todo el mundo se hicieron eco de un aislado grupo de indígenas de Colombia y un conflicto casi

propio de *Avatar*. Desde su remoto hogar en los bosques nubosos andinos, los u'wa informaron de que si Occidental Petroleum ejecutaba sus planes de perforar en busca de petróleo en su territorio, saltarían desde un precipicio en lo que constituiría un suicidio ritual en masa. Los ancianos de la comunidad explicaron que el petróleo forma parte de la *ruiria*, «la sangre de la Madre Tierra». Creen que toda la vida, incluida la suya, fluye de la *ruiria*, y extraer el petróleo implicaría para ellos su destrucción. (La empresa terminó retirándose de la región so pretexto de que no había tanto petróleo como se había estimado inicialmente.)

Prácticamente todas las culturas indígenas cuentan mitos sobre deidades y espíritus que viven en el mundo natural —en las rocas, en las montañas, en los glaciares o en los bosques—, igual que se había creído en Europa antes de la revolución científica. Katja Neves, antropóloga de la Universidad Concordia, señala que esta práctica responde a un propósito práctico. Decir que la Tierra es «sagrada» es una forma de expresar humildad ante todas esas fuerzas que no terminamos de comprender. Cuando algo es sagrado, exige que actuemos con cautela e incluso temor.

Si muchos de nosotros asimiláramos por fin esta lección, las implicaciones serían profundas. El apoyo público del aumento de las perforaciones en alta mar se está desplomando, y ha caído un 22% desde el cénit del frenesí del «Perforar ahora». Pero el asunto todavía no ha muerto, muchos todavía insisten en que, gracias a la ingeniosa tecnología y las nuevas regulaciones estrictas, ahora es perfectamente seguro perforar en el Ártico, donde cualquier tarea de limpieza bajo el hielo resultaría infinitamente más compleja que la que se está llevando a cabo en el golfo. Pero quizá esta vez no lograrán tranquilizarnos tan fácilmente ni nos daremos tanta prisa en jugarlos los pocos remansos protegidos que nos quedan.

Y lo mismo ocurre con la geoingeniería. A medida que transcurran las negociaciones sobre el cambio climático, deberíamos

estar preparados para oír nuevas aportaciones del doctor Steven Koonin, el vicesecretario de energía para la ciencia de Obama. Es uno de los principales defensores de la idea de que el cambio climático se puede combatir con trucos tecnológicos como la liberación de partículas de sulfato y aluminio en la atmósfera, cosa que, naturalmente, es totalmente segura, ¡igualito que Disneyland! Resulta que, además, es el antiguo científico en jefe de BP: el hombre que, tan solo quince meses antes del accidente, todavía supervisaba la tecnología sobre la que se fundamentaba la incursión supuestamente segura de BP en la perforación en aguas profundas. Tal vez en esta ocasión optaremos por no dejar que el buen doctor experimente con la física y la química de la Tierra y decidamos reducir nuestro consumo y empezar a utilizar energías renovables que tienen la virtud de que sus fracasos, cuando los hay, son modestos.

La consecuencia más positiva que podría surgir de este desastre no sería solo la aceleración de las fuentes de energías renovables como la eólica, sino la adopción del principio de precaución de la ciencia. Este principio, que es el opuesto perfecto al credo de Hayward —«Si supieras que no vas a fracasar»—, sostiene que «cuando una actividad amenaza con dañar al medio ambiente o a la salud humana», hay que ir con cuidado y actuar como si el fracaso fuera posible e incluso probable. Puede incluso que podamos regalarle a Hayward una placa nueva que pueda contemplar mientras firma cheques de indemnizaciones: «ACTÚAS COMO SI SUPIERAS LO QUE HACES, PERO NO LO SABES».

EPÍLOGO

Cuando visité la costa del Golfo para este artículo, el vertido seguía activo y la mayoría de los impactos duraderos todavía se

desconocían. Nueve años después, es evidente que se demostró que algunas de las predicciones más funestas eran acertadas. Los estudios llevados a cabo por la Federación Nacional de Vida Silvestre (NWF, por sus siglas en inglés) indican que tres cuartas partes de las hembras delfines nariz de botella embarazadas no dieron a luz a crías viables en los años posteriores al desastre. En 2015 se publicaron informes que señalaban el derrame de petróleo como un factor que había influido en las muertes de al menos cinco mil mamíferos, muchos de los cuales eran delfines.

Además, entre dos y cinco billones de peces jóvenes perecieron como consecuencia del desastre, junto a más de ocho mil millones de ostras. Ello contribuyó a que el volumen de pérdidas para el sector de la pesca se acercara a los doscientos cuarenta y siete millones de dólares en beneficios anuales, según un informe publicado en 2015 por el Consejo para la Defensa de Recursos Naturales (NRDC, por sus siglas en inglés). Y tal como las comunidades de pescadores con las que había hablado se temían, el petróleo contaminó aproximadamente el 12% de las larvas de atún rojo del golfo durante la estación de desove del año 2020, según un estudio del NRDC, y los efectos a largo plazo que ello supondrá para la población de estos peces todavía se desconocen.

A las aves que vi posarse en la hierba cubierta de petróleo en los cenagales tampoco les fue bien. Estudios llevados a cabo en 2013 por la Universidad Estatal de Luisiana observaron que solo el 5% de los nidos de gorrión que se encontraban en las partes cubiertas de petróleo de los humedales sobrevivieron tras el vertido, en comparación con el aproximadamente 50% de los que estaban en humedales no afectados directamente por el petróleo. Las observaciones de la Iniciativa de Investigación del golfo de México constatan que las hierbas pantanosas que se encontraban hasta a nueve metros de distancia de la orilla quedaron destruidas, y que una gran cantidad de petróleo perma-

neció enterrado en el sedimento, de donde el huracán Harvey lo sacó al remover el suelo en 2012 (y de donde probablemente volverá a salir en catástrofes futuras). Según un estudio llevado a cabo en 2017 por la Universidad Estatal de Florida, la pérdida de biodiversidad en el sedimento costero afectado por el vertido se sitúa en un angustioso 50%.